

confundirse! ; Qué grande y magestuosa me parece la tierra despues que el hombre halló el secreto de pintar el pensamiento, de inmortalizar el espíritu de los insignes varones, y de hacer resonar sus hazañas de polo á polo mil años despues de muertos! Me parece que veo la mano del hombre detener el tiempo en su veloz carrera....

Para ponderar el P. Fr. Juan Marquez el asombro y miedo que acompañan siempre á la conciencia de los malos, nos representa la imágen de aquel miedo baxo la figura de ruido, de cuchillo y de azote, en estos términos. *Todos los males los señaló la naturaleza con notas de temor ó de vergüenza. Este es aquel sonido espantoso que dice Job, que suena siempre en las orejas del tirano, y aquel cuchillo que, á qualquiera parte que vuelva el rostro, le está amenazando pesadamente. Este es aquel azote sordo que está hiriendo sin cesar el corazón del delinquente....*

Pone Cervantes en boca de D. Quixote con colores mas suaves y apacibles una pintura de la felicidad y simplicidad de la edad de oro, y dice de esta manera. *Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: á nadie le era necesario, para alcanzar su ordinario sustento, tomar otro trabaxo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazónada*

fruto. Las claras fuentes y los corrientes rios en magnífica abundancia les ofrecian sabrosas y transparentes aguas. En las quiebras de las peñas y en los huecos de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á qualquier mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabaxo. Los valientes alcornoques despedian de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aun no se habia atrevido la pesada reja del corbo arado á abrir, ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella, sin ser forzada, ofrecía por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar, y deleytar á los hijos que entonces la poseían.

DE LOS SENTIMENTOS DEL ANIMO.

Aunque en algun autor antiguo nuestro se halla la voz *sentimiento* en la significacion de afecto, no puedo determinarme á usarla tomada puramente en este sentido absoluto; por que nunca los nuestros la han usado en singular en

este caso, sino en plural, y aun asi siempre acompañada de las palabras *ánimo*; como *sentimientos del ánimo*; *el ánimo, cuyo sentimientos*; ó tambien determinada por algun adjunto, como *sentimientos amorosos, sentimientos piadosos*. Y como en castellano la palabra *sentimiento* recibe las acepciones de parecer, dictámen, opinion, y la mas comun y usual de pesar; de ningun modo se puede usar sola en lugar de afecto ni afectos, por no incurrir en tan manifiesta ambigüedad, que no padece la lengua francesa, de donde la han tomado con poco exâmen los que hoy la usan. Solo he leído en singular entre nuestros autores místicos, que apuraron la fuente del lenguaje afectuoso, *sentimiento* del alma, *sentimiento* del corazon. Yo me arrepiento ahora de haberla usado tambien sin el debido conocimiento en la primera edicion de esta obra. No tuve presente entonces que entre nuestras antiguas comedias hay la de *afectos de odio y amor*, cuyo solo título, puesto por quien sabía su lengua, puede servir al comun desengaño.

El afecto, considerado como una afeccion suave del ánimo, referida al hombre moral, es aquel movimiento interno y pasagero que precede á la pasion antes que ésta empiece á tomar su efervescencia. Esta perturbacion del ánimo es el espíritu de los rasgos vehementes ó patéticos, quiero decir, de aquella eloqüencia que

exalta ó entenece al alma. Asi es que, ni los afectos se excitan, ni sus impresiones se pintan, si el orador no se siente herido de ellas. Y ¿ como podria conmover los ánimos el que tuviese el suyo tibio y tranquilo?

Además, tampoco basta que el orador reciba el movimiento de los afectos en general, si no está animado del que pretende excitar. Todo lo que se medita friamente, sale lánguido y desmayado: lo que se concibe despejadamente, se produce con claridad; y del mismo modo, se expresa con calor lo que se siente con entusiasmo: por que las palabras tan fácilmente nacen de una idea clara, como de una viva comocion.

Se conoce si el que habla es diestro pintor de los afectos, por el modo de expresarlos. Toda frase ingeniosamente texida, descubre mas la agudeza del talento que el calor del corazon: pues el que está poseido de lo que siente, no se declara con rodeos, antes toma el camino mas recto, y siempre el mas natural. A todas las sentencias afectuosas las realza la sencillez, ya sea en la frase, ya en la diccion. Al contrario, el escritor rico de ingenio y pobre de afectos, perdiendo de vista lo simple y lo natural, convierte sus conceptos en máximas, por donde se muestra mas el estudio del que diserta que la facilidad del que siente. Este no sutaliza ni

generaliza sus pensamientos para sacar de ellos consecuencias y reflexiones sentenciosas.

Sin embargo de todo lo dicho, no es absolutamente preciso que la pasion que debe animar al orador sea por su naturaleza semejante á la que intente excitar en los oyentes. Nuestra alma tiene dos móviles para conmovirse, el sentimiento del corazon y la fuerza de la imaginacion: el primero tiene sin duda mayor accion, mas la segunda puede suplir su oficio. Asi puede suceder que un orador, sin estar realmente afligido, haga derramar lágrimas al auditorio, y hacer que él mismo las derrame. Por la misma razon algunos hombres de una imaginacion vehemente pueden inspirar amor á las virtudes que ellos no tienen. En efecto, quando el que habla no habla en su nombre, sino en boca aiena, queriendo infundir temor, terror, vergüenza, &c. á otros; no es indispensable que sienta él mismo éstas pasiones, sino que, poniendose en lugar del personage que introduce, le parezca sentir las; como acontece á un diestro actor, que conmueve á los expectadores con la relacion animada de las desgracias que él en realidad no ha padecido. Séame permitido traer á este lugar un exemplo illustre de los efectos que puede causar en nuestros espíritus la imaginacion herida por la relacion de hechos y acciones sentidamente expresados en aquel furor

de Achíles. Dale Homero un deseo ardentísimo de gloria, como espuela ó aguijon con que a véces, quando vacaba de la peléa, se encendia tañendo y cantando alabanzas de varones esforzados; con lo qual se elevaba en tanto ardor de ánimo, que con toda diligencia procuraba desviar los griegos de encontrarse con Hector, por no ser defraudado de la gloria de matar por su mano enemigo tan señalado.

Si la imaginacion suple el oficio del corazon, no es por la impresion que hace en el ánimo del que habla, sino por el impulso que comunica al de los oyentes. A la verdad la accion de todo afecto obra mas reconcentrada en el interior del que habla, y la de la imaginacion sale a fuera, y se comunica mas libremente á los demas. Y si esta es mas violenta, es tambien mas breve; pero la otra es mas profunda y duradera.

Lo que se requiere en los discursos patéticos es que el orador no haga ingeniosas sus expresiones, y que en ellas no se halle sino lo mismo que precisamente dicta la pasion á la lengua, ó á la pluma. Entonces el orador, poseido de la pasion, se fixa en una idea, se suspende, calla, y luego vuelve á ella, casi siempre por exclamacion, ó admiracion, declarando lo que padece con rasgos breves, como desahogos interrumpidos del ánimo. En esta fatiga siempre se dice mas de lo que se habla, y nunca se expresa con

mas eficacia que con la accion, ó el silencio, de que se tratará en otro lugar. El orador hábil llena estos intervalos de la reticencia, aqui de una exclamacion, allí de un principio de frase, aqui de algunos monosílabos, allí de algun suspiro enfático: por que la fuerza de la pasion, cortando el aliento, y perturbando la mente, suele partir las palabras; y aun dividir las sílabas. El alma entonces pasa sin voluntad de una idea á otra; y empezando la lengua muchas expresiones, ninguna acaba.

Véase como el caballero Sydney, desde el calabozo, de donde el dia siguiente debia salir para el suplicio, escribe con sangre de sus venas este terrible billete, á su muger: *querida esposa! Tu oráculo se ha cumplido....me han condenado á muerte como rebelde: mas yo muero inocente, y digno de tu amor. Consúelate....Sí: tu esposo no muere todo entero....su alma te espera mas allá del sepulcro.* La esposa, despues de haber implorado en vano la gracia del cruel juez de la causa, y de verse estrechada por las torpes sollicitaciones de este árbitro de la vida del preso, que á tan costoso precio se la prometia, le dice entre valerosa y acongojada: *Inhumano! esperas que compre con mi afrenta tu clemencia! Y no puedes ser justo sin que yo sea adúltera!Yo no tuve mas que un padre, y no tendré mas que un marido. Esposo mio!....Que! Tu has de morir; y yo puedo salvarte! No lo puedo....*

Si, yo he de padecer el ódio de mi patria, ó he de merecerlo! O! tentacion terrible! Idolo del alma mia! cree....muere virtuoso, que yo viviré infeliz, mas no deshonrada.

La sencillez de la expresion es el sobrescrito de los afectos. Y para prueba de que lo que conmueve los ánimos es mas la situacion del que habla, ó la naturaleza del asunto, que las palabras; léase aqui lo que oyó y vió el autor que lo refiere. Una aldeana habia enviado á su marido á un lugar vecino, y recibe la noticia que le habian muerto en el camino. El dia siguiente, dice el autor, estuve en casa del difunto, donde ví un espectáculo, y oí unas razones que jamas olvidaré. El muerto estaba tendido en una cama, con las piernas desnudas colgando fuera de ella, y la viuda, desmelenada, y sentada en el suelo, tenia abrazados los pies del cadáver, y bañada en lágrimas, y con una accion que las hacia derramar á todos, le decia: *Ah! quando yo te envié, no pensaba que estos pies te llevasen á la muerte!* Una muger de mas alta esfera hubiera sido mas patética? No ciertamente; la misma situacion le hubiera dictado la misma lamentable exclamacion. Luego la expresion del dolor, como la del amor, es aquella que todos diríamos en semejante caso, y que nadie oiria sin sentir en sí los efectos de igual pena.

Siguiendo el mismo género de situaciones tiernas y patéticas, no podemos pasar en silencio

la afectuosa pintura que hace Fr. Luis de Granada de la Magdalena, quando, despues de desclavado Christo de la cruz, y puesto en los brazos de su Santísima Madre, la pinta abrazada con los pies del Salvador, diciendole: *¡ O' lumbre de mis ojos! ó quan de otra manera tuve yo estos pies y los lavé quando en ellos me recibiste!*

Mas sentida es aun, si no tan sencilla, otra exclamacion de la misma Magdalena pecadora, á la qual el P. Malon de Chayde la representa ahogada del dolor, del llanto y del amor, quando se abrazó con los pies de Christo en casa del Fariséo, y vertiendo lágrimas de arrepentimiento, les dice: *ó pies sagrados, que vinisteis del cielo para buscarme! ¡ quien me dará que muera aquí usida con vosotros! ó pies enlodados, y cansados en mi remedio! pies divinos...! que os habeis de ver clavados por mí, y es verdad que os tengo entre mis manos! y que lo sufris! y que me esperais!*

La sencillez que, como ya hemos dicho antes, caracteriza la expresion de los afectos, tiene un cierto *sublime* que todos conocemos, y no acertamos á definir: y esto es lo mas precioso de tales sentencias, tan poco pulidas y agudas, y al mismo tiempo tan penetrantes. Esta sencillez y sublimidad se oye y se siente en estas amorosas palabras que decia un padre á su hijo: *Dirás siempre verdad: á nadie prometas lo que no quieras cumplir: te lo ruego por esos pies que*

calentaba yo con mis manos quando estabas en la cuna. Que imagen tan tierna! que recuerdo tan dulce!

Oygamos la sencilla y enérgica respuesta que dió un caudillo de salvages á un gobernador europeo que pretendia hacer transmigrar su tribu: *Nosotros, le dice, hemos nacido en esta tierra, y en ella están enterrados los huesos de nuestros padres: ¡ Dirémos á los huesos de nuestros padres: levantáos y venid con nosotros á una tierra extraña?*

Antíloco viene á dar la noticia á Achíles de la muerte de Patróclo su amigo en la pelea: cubierto de polvo y de sudor, y con semblante lloroso llega ante el heroe, y le dá la triste noticia en tres cláusulas de la mayor sencillez y sentimiento: *Patroclo (le dice) ha muerto: se peléa por su cadaver....Hector tiene sus armas.*

Estas delicadezas elípticas y enfáticas, tan frecuentes en los pasages mas sencillos, se escapan á la inteligencia del comun de los lectores; por que, como dice un autor, se puede asegurar que hay mil veces mas personas capaces de entender á un géometra que á un poeta: la razon es, que hay mil hombres de buen juicio por uno de buen gusto, y mil de buen gusto por uno de gusto delicado.

La eloqüencia de los afectos es un talento concedido por la naturaleza á pocas personas. Del ingenio podrá depender el arte de convencer,

mas no el de persuadir ; el de seducir, mas no el de mover : acaso el ingenio solo formará un retórico sutil, pero únicamente un corazon sensible y grande hará un hombre eloqüente : por que aquel que se penetra vivamente de lo patético y sublime, no está muy lexos de expresarlo.

Esta disposicion de la eloqüencia tierna, que forma la uncion del estilo, no comprehende las calidades brillantes de la elocucion, ni la armonía entre el tono y el gesto, de la qual nace la eloqüencia exterior. Aqui tratamos de aquella eloqüencia interna, de aquella, que, abriéndose paso con una expresion sencilla y á veces inculta, hace poco honor al arte, y mucho á la naturaleza ; de aquella en fin, sin la qual el orador no es mas que un declamador.

Y en prueba finalmente de que los pasages mas tiernos y sublimes son dictados por el corazon, y no por el artificio, se observa que á los enamorados se les olvida facilmente lo que dixeron el dia antes á su dama, por que en ellos obró la naturaleza, y no el estudio.

DEL GUSTO.

DEL sentido del gusto, aquella facultad física de la lengua y del paladar para distinguir el buen ó mal sabor de los alimentos, se ha formado la metáfora que por la palabra *gusto* expresa el recto juicio de lo perfecto ó imperfecto en todas las artes. Este gusto es aquel discernimiento natural que se anticipa á toda reflexion, como el de la lengua.—Para adquirir y formar este tacto intelectual, es menester tambien costumbre y hábito como para el físico : es menester ejercitarse en ver como en sentir, y en juzgar de lo hermoso por los ojos, y de lo bueno por el sentimiento moral.

Para la perfeccion del juicio de la vista no solo se pide ejercicio sino obgetos de comparacion. En efecto el que no hubiese visto otros templos que los pagodas del Indostan, y nunca S. Pedro del Vaticano ¿ cómo podria graduar la distancia que hay de lo humilde á lo magnífico, de lo mezquino á lo suntuoso, de lo disforme á lo hermoso, de lo monstruoso á lo regular ?

Quando decimos *gusto* en las obras de ingenio, entendemos el *buen gusto*, el buen discernimiento, aquel delicado tacto y fina vista, para conocer donde están las perfecciones, y donde los defectos de ellas. Este tacto se adquiere, como hemos dicho, con el hábito, y se perfecciona con la re-

flexión. Por esto un diestro pintor se arroba delante de un quadro al descubrir á la primera ojeada mil gracias y primores que no se manifiestan á los ojos vulgares, que podrian percibir las con la continuacion de ver. Una vista exquisita es un tacto fino, por el qual se perciben cosas de que es imposible dar razon. ¡Quantas bellezas hay en un paysage ó en un trozo de poesia, que solo las puede calificar el buen gusto, el qual viene á ser el microscópio del juicio pues hace visibles las mas imperceptibles perfecciones!

Asi, pues, en el pintor, como en el escritor ú orador, el buen gusto supone constantemente un buen juicio, un largo estudio, un ánimo generoso y tierno, un ingenio elevado, y unos sentidos delicados. Dotados de estas calidades, saben distinguir el uno y el otro los géneros y las situaciones de las cosas en que han de exercitar el pincel, la pluma, ó la voz: son patéticos, sublimes, graves, blandos, y graciosos segun el intento de cada uno y la materia que han de tratar.

Sobre el gusto se ha escrito mucho: los filósofos le han mirado baxo de un punto de vista, los retóricos baxo de otro, los metafísicos baxo de otro; y hasta ahora, despues de tantas discusiones, análisis y críticas, observaciones, no tenemos una guia segura y general que nos lleve al perfecto conocimiento de esta facultad intelec-

tual, cuyos efectos se pueden definir mejor que su naturaleza.

Muchas cosas hay en las artes y disciplinas, que no caben debaxo de preceptos ni reglas, ni dechados, ni pueden ser enseñadas, ni aun se les puede á veces dar nombre proprio: las quales alcanzaron los hombres de alto ingenio, feliz imaginacion y larga experiencia. Y sino, dígalo la pintura; ¿quan dificultoso es exprimir con el pincel los afectos del ánimo, y darles la luz y la sombra que han menester? No consiste ni se encierra el trabaxo del artista en hacer un cuerpo; que tambien ha de procurar manifestar los sentidos exteriores. Alaban de esto á Lysípo, y él se preciaba de ello diciendo: *que los otros artífices hacian hombres, y él hacia figuras que parecían hombres.* Eufanór consiguió tambien gran nombre por un Páris que hizo de metal, en que se conocia que habia sido juez de las diósas, enamorado de Helena, y matador de Achíles. Algunos créen que Arístides Tebáno fué el primero que alcanzó este primor en aquella tabla donde pintó la toma de Tébas, y entre otras cosas puso un niño que á tiento buscaba la teta de su madre, que de una herida que habia recibido en ella, estaba espirando. En esta actitud, parecia que temia la madre no acudiese el niño á chupar la sangre, porque se le habia muerto y secado yá la leche. Hay tambien otra particularidad en las artes de ingenio, y que, á dicho

de Apeles, es la principal en la pintura: llamabanla los griegos *Aglais*, y los latinos la dixerón *Gratia* ó *Venus*, hablando poéticamente. Aplícabasela aquel famoso artista á sí solo diciendo: que otros habian hallado las demas calidades de la pintura; mas que la gracia, belleza, y ayre él se la habia dado.

No siendo, pues, posible señalar una ley, ni un modelo perfecto del *gusto* en materia de elocuencia, aplicable á todos los géneros de ella, ni á todos los casos tiempos, y naciones; reduzcámonos á convenir en estos principios generales dictados por la recta y sana razon: que todo lo que es correcto, puro, fácil, hermoso y natural se llama escrito ó dicho con gusto, es decir, con buen gusto, para que nos entendamos en castellano; y que todo lo que ofende á estas propiedades, debe, por el contrario, tenerse por vicio con el nombre de *mal gusto*.

Este vicio nace, unas veces de ignorancia, otras de estupidéz de los sentidos, otras de descuidada educacion, y otras de falta de comercio cortesano y literario, en donde se pule el entendimiento, se afina el discernimiento, y se perfecciona el arte de expresar los pensamientos con gracia, claridad, y precision. Tambien nace, y es aun mas vituperable por su mal exemplo, de una extremada sutileza y lozania de ingenio del escritor, quando se cansa de seguir la comun senda del recto juicio. Entonces ésta

sutileza, despues de haber corrompido la razon, corrompe el estilo; quando se prefiere lo dificultoso, agudo, y afectado á lo fácil sólido, y natural. Entonces brotan por todas partes los agudos conceptos, las frases enigmáticas, los adornos pomposos que obscurecen ó enervan las sentencias, asi como en las plantas viciosas la lozania de las hojas, y la fecunda prole de los hijos las ahogan y roban el vigor. Baxo de estas consideraciones es mas fácil dar una idea de lo que se llama *gusto* en el arte de escribir, con exemplos del *malo* que no del *bueno*. En el mal gusto se encierran todos los vicios de estilo, que proceden de sobrada cultura, estudio, afectacion, sutileza, destemplanza de colores retóricos, y vanidad de singularizarse.

Esta corrupcion empezó entre nosotros desde principios del reynado de Felipe IV.: decadencia que sucede ordinariamente á una edad de perfeccion. Entonces el escritor que se siente dotado de gran talento, quiere abusar de este, como el mozo muy robusto quiere hacer valentias con su salud; y al fin estragan ambos sus fuerzas. Es condicion de la vanidad y ambicion de los ingenios sobresalientes el buscar los aplausos, no por el camino que los ganaron sus antecesores ó rivales. Créen que es humillarse imitarlos; y asi intentan sobrepujarlos abriendose nuevas sendas que buyan de las de la naturaleza. Y como todo lo que se aparta de lo bueno, ha

de ser necesariamente malo ; de aqui es que se pierda la regla y hasta la idea del buen gusto, y que se saborée el público con extravagancias ingeniosamente monstruosas. Y en vista de esta fatal experiencia, que ha sufrido la eloqüencia en todas las naciones, podemos afirmar que el mal gusto es mas un vicio de exceso, que de falta. En lo florido ó encumbrado es donde cabe inmoderacion y demasía ; no asi en lo sencillo y llano, porque en este género no caben ni el buen gusto, ni el mal gusto.

¿ Qué era, pues, este mal gusto entre nosotros, sino una falsa idea de delicadeza, energia, sublimidad, y hermosura ? Enfermó hasta tal grado el juicio sano de los hombres por la costumbre, que el orador y el escritor medían su mérito por la dificultad de explicarse, y los oyentes y lectores por la de interpretarlos. Y si lo hemos de juzgar por lo violento é intrincado del estilo, que ha sido mas de un siglo moda ó manía general, ¡ quantos escribieron sin entenderse á sí mismos !

La mayor parte de aquellos escritos y sermones abundan de todo menos de juicio y discrecion, con ser tantos los conceptos y discreciones. Se deshacían sus autores por ostentarse ingeniosos y profundos á costa de la verdad, y de la razon. Las moralidades cubrian de un velo enigmático á la moral, y la afectacion dexaba dormir los afectos : el fin era deleytar y asombrar, y no

mover, ni persuadir ; presentarse no grandes, sino gigantes, á la comun expectacion.

¿ Para que nos hemos de cansar en buscar definiciones del mal gusto ? Si este es el mal estilo, en sus mismos vicios lo hallaremos pintado. ¡ Que profusion de paranomásias y equívocos pueriles hacian entonces la gracia de la elocucion ! ¡ Quantos antítesis simétricos, hipérboles colosales, metáforas misteriosas, alegorías monstruosas, retruécanos violentos, frases afiligranadas, sentencias alambicadas, símiles incoherentes, conceptos falsos, y agudezas de puro sutiles imperceptibles, y quantos otros rasgos y follages ingeniosos, que no tienen nombre ni número !

Sobran los exemplos, y sobran los autores de donde se podrian sacar, para manifestacion de tan estragado gusto, si no temiéramos fastidiar á los lectores, á truco de su desengaño, de que no necesitan tanto en estos tiempos en que la general instruccion, y la luz de la crítica y de la filosofia tienen preservados de semejante epidemia al orador y al escritor, que no quieren manchar su nombre ; bien que haya algunos que por descuido, ó quizá con cuidado, quebrantan las reglas inmutables del arte de bien decir.